

mal en defender mis papeles de los vientos de Marzo, para deciros:

Que cuenta treinta y un días de una vida tempestuosa y bullanguera, que ni duerme ni deja dormir á nadie, y que su estremada afición á los instrumentos de viento, le hace pasar las noches silbando en medio de la calle. Las torres, las ventanas, las puertas, los faroles, todo lo anima con su incansable aliento, y en todas partes halla armonías para su diabólica orquesta. Pasa entre dos amantes que se estaban requebrando al resplandor de la luna, y apaga de un soplo la antorcha de himeneo, separándolos con violencia. Se introduce en el gabinete del poeta, por el agujero de una cerradura, y apaga la vela que se quemaba las cejas por convertirse en una oda. Proclama el comunismo poniendo lo de abajo arriba en los vestidos de las mugeres, y lo de arriba abajo, derribando las tejas de los edificios. Acaricia las ilusiones del hortelano, meciendo suavemente los verdes renuevos del arbusto, y luégo los ennegrece, helando el germen de vida que brotaba en ellos. Zumba en derredor de los hospitales con espantoso aullido, y á todos los reos que encuentra en el lecho del dolor, los hace sufrir la última pena. En suma, con decir que entra por las calles de Madrid, llevándose cuanto encuentra al paso, y que la más ancha es estrecha para su arrogancia y orgullo, está dicho todo.

Resta únicamente advertir, y en haciéndolo así estamos despachados, que no le dejan venir solo al mundo. El Santo Ángel de la Guarda le acompaña

en sus primeros pasos; y esto que podría obligarnos á decir cuatro palabras sobre la romería que se celebra el día 1.º de Marzo, nos hace únicamente recordar á los lectores, que lo que dijimos de San Blas, en el artículo anterior, se tenga por dicho del Ángel, y punto concluido. Ceremonias de mayor valía nos llaman hoy la atención, y *memento homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*. Acuérdate hombre, que has ofrecido escribir la crónica del mes de Marzo y no hagas lo que otros tantos historiadores, que de todo hablan y en todo están ménos en su historia. Acuérdate del bondadoso lector que ha sufrido resignado la innovacion que te plugo hacer de concluir el mes anterior el último día de Carnaval. No te olvides de que te está esperando para *tomar la ceniza*, y acuérdate por fin, de aquellas gentes que dejaste bailando el Mártes de Carnaval. Esas figuras cadavéricas que no osan mirarse recíprocamente, son los personajes de tu historia, que huyen tus miradas para que no adivines lo que pasa en su alma. Marchitas y secas las ilusiones que halagaron su mente á las doce de la noche del día anterior, envidian ahora la fé con que los fieles acuden á cubrir de ceniza su cabeza. *Memento homo quia pulvis est, et in pulverem reverteris*.

Esto me decia yo á mí mismo (circunstancia precisa para decirlo despues á los lectores) en la madrugada del *Miércoles de Ceniza*. Las calles de la capital eran mi biblioteca; leia en las gentes que salian en tropel de los salones, y cada puerta que se abria para recoger al dueño de una casa, era una

hoja más del libro en que yo estudiaba los goces de la humanidad. Entre aquellos semblantes pálidos y descompuestos que bajaban los ojos avergonzados de ver la luz del día, buscaba yo en vano un rostro hermoso, de los infinitos que había visto entrar en el baile seis horas ántes. Las mugeres preguntaban al antifaz que colgaba de sus brazos, por el encendido carmin de sus megillas, y creían que el cada- vérico y descoyuntado galán que las daba el brazo, no era el elegante y gallardo jóven que las había declarado su amor en el baile. Los hombres no se atrevían á repetir á su horrible pareja las protestas de amor que hicieron á la misma, cuando graciosa y esbelta les hizo la honra de permitir que la convidaran á cenar. Ni una mirada espresiva, ni una palabra galante, ni una sonrisa graciosa, nada pasaba entre aquellas parejas que huían con paso perezoso y tardo, del edificio que habían asaltado con loco entusiasmo momentos ántes. El vivo resplandor de cien bugías que alumbraba la entrada de aquel paraíso se había cambiado en una luz tibia y opaca que ardía en el pórtico de un cementerio. Los vientos del otoño habían marchitado las auras de la primavera. Las flores de Mayo, morían quemadas por el sol de Agosto. Las ilusiones descansaban yá en el sepulcro eterno del desengaño.

Yo leía en los semblantes de aquellas gentes un secreto pesar de haber asistido al baile, y un vago recelo de que sus respectivas moradas hubiêsen desaparecido ántes de ocultar en ellas su vergüenza. Los veía pasar delante de mí en silencio, sin

atreverme á preguntarles de qué nacia su tristeza. Ocultaba la alegría de mi rostro en el embozo de mi capa, como habria ocultado un cigarro delante de una persona que se hubiese emborrachado fumando. Abrir mis ojos satisfechos de dormir delante de aquella gente soñolienta y desencajada, habria sidõ peor que enseñar á un amante desengañado las primeras cartas de amor que escribió á su fementida novia. Hartos desengaños tenía yo que sufrir en mis ilusiones, para que me gozase en la desgracia de los que quizás eran más felices que yo por haberlos encontrado primero. Soy, como ustedes saben, más propenso á la risa que á las reflexiones filosóficas, y me puse á reir de aquel espectáculo, que por otra parte, no merecia otra cosa.

¿Quién no se rie al ver unas piernas de odalisca, bajo una mantilla española? ¿Quién puede estar sério al frente del emperador Cárlos V con sombrero de copa alta? No hay filósofo que siga siéndolo si tropieza con una manola que cubre su cabeza con un sombrero francés, ni hay quien conserve la gravedad viendo las vestales embozadas en un manton negro, y con un pañuelo azul en la cabeza. Las Amazonas y los guerreros que huyen disfrazados del campo de batalla, escitan la risa de los mismos que les brindan un asilo en su desgracia. Nadie permanece sério al ver el desórden con que vuelven á sus casas, los que salieron de ellas ordenados y compuestos, á escepcion de los criados que han dormido á pierna suelta, hasta la hora de recibir á sus amos. Esos bienaventurados hijos de Santiago

ó de Pelayo, ni vieron cómo iban vestidos al abrirles la puerta para que fueran al baile, ni ven cómo vuelven al permitirles la entrada para que atiendan al lecho que quedó huérfano. Son los verdaderos filósofos del mundo, y aunque les satisface el ver que ocupados sus amos en ir al baile no les ajustaron la cuenta del día anterior, no se toman el trabajo de desear que todos los días haya bailes de máscaras. Con su esportillo al brazo, y resueltos á sisar en el pescado lo que sisaban en la carne cuando no era Cuaresma, salen á la calle, calculando las vacas que podrian comprar en su tierra, con el valor de cada uno de los trages que encuentran al paso. Las almas cristianas siguen miéntras tanto inclinando sus cabezas ante el sacerdote que les echa un polvo de ceniza en la frente. Y de esta humilde ceremonia que simboliza uno de los principios más sólidos de nuestra religion, tomó pretesto un célebre mahometano, para decir que «los españoles pierden el juicio por espacio de tres dias y luégo lo recobran con un polvo de ceniza.»

Tal era el cuadro que presentaban las calles de Madrid la madrugada del Miércoles de Ceniza. La reñida batalla que se habia empeñado aquella noche entre el Carnaval y la Cuaresma, cesó á las siete de la madrugada. Hubo alguna escaramuza, hasta las ocho, pero á las nueve todo estaba concluido. La gula habia sido vencida por la templanza. El triunfo del pescado sobre la carne no era desconocido de nadie, y un silencio sepulcral habia sucedido al desornado griterío de la batalla. Ni los vencidos se

impacientaban por la humillacion sufrida, ni los vencedores pregonaban la victoria lograda. Pero aquella calma más parecia un armisticio entre ámbas partes, que la derrota completa de una de ellas. Los vestuarios del ejército vencido seguian abiertos, y los pasquines de las tiendas anunciando que se alquilaban *caretas, dominós y capuchones*, hacian sospechar con fundamento que no se habia concluido la guerra. Dudábase si era la audacia de los vencidos ó la tolerancia de los vencedores la que mantenia vigentes aquellos carteles de desafio; pero era cierto que existian y todos esperaban que empezase de nuevo la lucha.

No se hizo ésta esperar mucho tiempo, y á las doce de la mañana aparecieron en las calles algunos grupos de gente enmascarada que se dirigian en silencio hácia la Pradera del Canal. El pueblo de Madrid salia en tropel por la puerta de Atocha, y todos los carruages de la Côte iban cargados de gente atropellando, segun costumbre, á la infantería. Yo llegué á la Pradera como uno de tantos, y al verla sembrada de gentes comiendo y bailando alegremente, conocí mi error, y me persuadí de que lo que yo habia tomado por campo de Agramante, eran las bodas de Camacho ó cosa por el estilo. Acordábame, sin embargo, de que las gentes que allí bailaban eran las mismas que yo habia visto derrotadas al amanecer, y no podia convencerme de que en tan poco tiempo los vencidos se hubiesen tornado en vencedores. Aquellas escenas trastornaban mi mente, y tan pronto creia que semejantes

comilonas tendrian por objeto emborrachar á los partidarios de la gula para que entrasen en lucha con la templanza, como me figuraba que ésta habria decretado que sus contrarios se hiciesen á la vela para Filipinas en el embarcadero del Canal. No sabía qué pensar de lo que allí pasaba, y quise salir de dudas por el camino más corto. Preguntéle á uno de los enmascarados qué significaba aquella broma, y su contestacion me puso á punto de perder el juicio. Dijome que aquello, es decir, aquellas gentes que allí se atracaban de pavos y de jamones, estaban *enterrando la sardina*.

Figúrese el lector, por acostumbrado que esté á los vice-versas, y á los versos-viciosos, cómo me quedaria yo al oír semejantes noticias! ¡Yo, que creia saber el significado de la palabra *carnes-tolendas*, y que estaba seguro de que no era el pescado sino la carne la que habia fallecido aquella madrugada! El entierro de la sardina, cuando precisamente acababa de nacer, me parecia un infanticidio horrible, y asustado de que en un pueblo católico se permitiese y sancionase una ceremonia que no tiene otro mérito ni otra gentileza que la de ser una fiesta digna del gentilismo, abandoné la Pradera.

Cansado de preguntar á cuántas personas hallaba en el camino, el origen del llamado *entierro de la sardina*, y despues de registrar bibliotecas con el propio objeto, he llegado á convencerme de que es uno de los problemas que, como el de la cuadratura del círculo y compañía, está por resolver aún. Para mí no tiene otra explicacion, sino la de que como el

pez no habla y el hombre sí sucede que éste dice que entierra la sardina, por aquello de que,

el mentir de las estrellas
es un seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.

En este caso no hace el hombre ni más ni menos que las *gacetas* de todos los países, cuando cantan los triunfos que han obtenido sus armas sobre las del extranjero. La vida se alimenta de ilusiones y cada cual se hace las suyas. El segundo día de Cuaresma me hacía yo la de creer que había muerto para siempre la causa del Carnaval, cuando cádate que en la mañana del Sábado aparecen nuevas proclamas en las esquinas escitando al público á la diversion, y llamándole á las máscaras, al grito eléctrico de *Piñata*.

Esa palabra, que en el idioma italiano significa olla ó marmita, y entre nosotros no quiere decir nada, era el último suspiro del Carnaval, y las gentes que cedieron á su mágica influencia, apenas tenían valor para ponerse la careta. Los disfraces habían perdido el pleito en el baile de Piñata, y toda la broma se redujo á una lotería extraordinaria á beneficio de los dueños de los salones. Uno rifaba un lote de 10,000 rs. entre cuatro mil billetes de á duro; otro un caballo de estampa, que parecía estampado; quién doce jamones como bacalaos y un plato de dulces, y no faltó quien desapareciera con el lote y

el dinero de los billetes, para verificar el sorteo Dios sabe dónde. Yo no tuve el gusto de que me tocara ninguno de los premios, y aunque no habia optado á ninguno de ellos, me puse de mal humor. Pero me consolé bien pronto, porque miéntras cierto público se habia aburrido presenciando el último motin del Carnaval, yo me habia divertido completamente en casa de cierto señor, cuyo nombre callo, porque si digo quién es.... son mis lectores capaces de adivinarlo.

Era una de esas casas donde no habia habido *raouts*, *bufets*, ni más baile que el de San Vito, que por desgracia (y lo siento) padeció un tiempo la señora de la casa de resultas de cierta cosa que aunque yo la calle, la atestiguan dos hijos gemelos. La sala era modesta, y no habia en ella ni arañas ni colgaduras; pero pendia del techo un alambre en el que ordinariamente se colgaba la jaula del canario, que esa noche.... habia *mudado de domicilio*. Cincuenta personas de ámbos sexos formábamos la concurrencia, y á las diez de la noche (hacia yá dos horas que estábamos bailando) nos sorprendió el amo de la casa, mandando á sus criados que donde habia estado hasta entónces la jaula colgasen un enorme globo de papel, lleno de cintas y flores. La palabra *Piñata*, que en letras de oro se leia en aquella estraña aparicion, corrió de boca en boca, miéntras mi amigo trataba de buscar el centro de gravedad de su globo, sin cuidarse al parecer de darle direccion, ni de otras cosas por el estilo de que otros se cuidan. Aquel globo traia una mision

mas sólida, y sus resultados fueron más halagüeños y más pronto que los que ha obtenido hasta el día cierto ensayo que ustedes saben y yo no ignoro. La esposa de mi amigo echó las tarjetas, de los que allí estábamos, en un sombrero, y una de sus hermosas hijas sacó una de ellas y leyó el nombre del agraciado. Vendáronle los ojos, y con un baston en la mano le dijeron que descargase sobre el globo: y aunque el tal no lo hizo así, sacudió un palo á una señorita, que aseguraba despues haber visto con la fuerza del dolor lo que habia dentro del globo. Tres ó cuatro ciegos acometieron sucesivamente la misma empresa y el globo seguia inviolable; hasta que le tocó el turno á un maestro de escuela y se consumó el sacrificio. El techo se llenó de pájaros que caian asfixiados por el calor de la sala, y el suelo se cubrió de dulces, que los hombres recogieron con afan para obsequiar á las señoras presentes.... y á las que no estaban allí, pues no faltó quien se llenára los bolsillos. Debilidades azucareras de la especie humana. Dulces pasatiempos del hombre goloso. La sangría del globo habia indemnizado á mi amigo el trabajo de cuatro dias que habia invertido en aquella labor, y el dinero que le habian costado dos docenas de pájaros y cuatro arrobas de dulces. Él estaba satisfecho de su triunfo, y nosotros no envidiábamos su satisfaccion, sobre todo desde que supimos el precio de ella.

Pasada la noche de Piñata, ocurrió lo que suele ocurrir ordinariamente despues del Domingo, y es

que viene el Lunes, y con él los propósitos de las gentes, que aunque no se realizan en aquella semana, se pueden realizar en la venidera. En ese día se consolidó el imperio del bacalao y de las lentejas, y la Cuaresma ejercía su dictadura sin sobresaltos ni alarmas. Dijose por algunos ilusos, que el día de San José se daría el grito en algunos salones, y que la careta haría una de las suyas; pero el día 19 pasó sin otra alarma que la de los confiteros, que invadieron las calles de la capital con sus platos de dulce. Las monjas estaban complicadas en el movimiento revolucionario; pero faltaron á su compromiso, y en vez de repartir proclamas, repartieron fuentes de natillas y huevos-moles por todas las casas de la capital donde vivía algún tocayo del santo del día. Yo estuve de *servilleta prendida*, ó de *pañó en ojal*, en casa de mi amigo D. José María Fernandez, quien entró en mi casa la víspera del día de San José saludándome con estas palabras:

—Supongo que no habría necesidad de que yo viniera hoy aquí á decir á usted que mañana lo esperamos en casa á *hacer penitencia* con la familia! ¿Será usted de los nuestros, eh?

—Dispéñseme usted, le repliqué, pero....

—No hay pero que valga.... No sufrí yo que me abandone usted por ningun otro Pepe.

—Si no es eso, sino que....

—¿Alguna Pepa?

—Tampoco.

—Pues nada, lo dicho dicho; mañana hace usted penitencia conmigo. No comerá usted tan bien como

en su casa; pero un dia es un dia, amiguito. Estamos sólo los de casa; mi familia y la de mi muger; don Laureano y su esposa, á quienes yá usted conoce; cuatro esclaustrados y los compañeros de la oficina nada más.

Mi amigo salió sin quererme oír en última instancia, y yo me fuí aquella noche á casa de don Laureano, para que, como más versado en la materia, me dijese la hora y demás circunstancias del convite. Halléle trabajando en su despacho, y sentia interrumpirle en su tarea; pero él me dijo que se alegraba de verme, y enseñándome una lista que tenia en la mano, exclamó:

—En nombrando al ruin de Roma, cátrate que asoma. Estaba yo envidiando la memoria de usted, porque hace yá tres horas que estoy recordando los Pepes y Pepas que conozco, y aún no he apuntado más que 54; temo que se me hayan olvidado algunos. Es un trabajo ímprobo cuando llega uno de esos santos tan popularés como este. Luégo mi muger ha perdido la lista que hicimos el año pasado, y he tenido que andar registrando todas las guias desde el año 24 al 31, porque en las modernas no tengo ningun amigo. Mis conocimientos pertenecen yá á la história, como ustedes dicen.

—¿Y piensa usted mandar tarjetas á todos los que están en esa lista? le pregunté asombrado.

—¡Tarjetas!... replicó D. Laureano, ¡qué disparate! Iré yo en persona á todas las casas, escepto tres que he visitado hoy y cinco que dejo para la octava. Mañana *huelo á baqueta*, amigo mio; he

pedido un *Simon*, y de ese modo en cuatro horas despacho. La última visita será la de nuestro amigo D. Pepe María, donde espero tener el gusto de que comamos juntos. Verá vd. qué bien nos trata. Es hombre de mucho rumbo, y como es el santo de su muger, el de su hija y el suyo, de un tiro mata tres pájaros, y puede echar el resto.

—No tal, le dije yo, me ha ofrecido tratarnos con confianza, y dice que harémos penitencia.

—Á él no le toca decir otra cosa; pero esté vd. seguro de que habrá una mesa opípara. Cuente vd. de fijo con que lo ménos que hay son cinco clases de sopa y doce entradas, sin contar con los entremeses. ¡Yá verá vd. qué mesa nos pone el tal D. Pepe! Todos los años paso yo á dieta la víspera de San José.

Efectivamente, D. Laureano no me habia engañado; pero el dueño de la casa, tambien me dijo la verdad cuando me aseguró que haria penitencia. Temo que el lector no me crea si le cuento la que sufrí en la comida, y dejo para otra ocasion, el explicar lo que son esa clase de convites. Basta decir por hoy, qué tal quedé al salir de allí, que sólo de acordarme no puedo continuar este artículo, y aplazo para el siguiente la historia de la Cuaresma.

Pero ántes de soltar la pluma, quiero decir dos palabras, que el lector tendrá la bondad de añadir á las que escribí en el artículo anterior, hablando de las máscaras públicas. Dije entónces, que nada indicaba que el pueblo se divertia con permiso de la autoridad, sino que retozaba autorizado por la

misma; y el haber dicho otra cosa, habria sido faltar á la verdad, porque eso, y nada más, es lo que ha ocurrido siempre en Madrid. Pero este año de 1849, ha sido tal el entusiasmo con que se ha recibido la licencia de cubrirse el rostro, que bien puede decirse que las máscaras públicas han sido la única diversion del Carnaval. Las calles y los paseos se llenaron de máscaras, que aunque de poco gusto en sus disfraces, entretuvieron al público con sus chanzas delicadas y de buena sociedad. Los hombres tuvieron la galantería de vestirse de mujeres, ocurrencia que estas no han llevado muy bien, porque gracias á la revolucion del siglo, no se encuentran tan en minoría que necesiten refuerzo. Sucede por el contrario (y esto lo dicen ellas á los pocos que quieren oirlos), que segun su estadística, para cada varon que pisa la Vicaría, hay siete hembras esperando turno y echando suertes.—Hubo además de esas máscaras pedestres, algunas á caballo, y muchas en carruage; los más notables de estos últimos, fueron los coches de los que iban en camisa, con un estandarte que decía: *El exceso de nuestras pasiones*; el carro de las fieras; la carroza de los payos (*Pierrost*) que iban arrojando dulces, y algun otro coche notable por el lujo aristocrático de los postillones. El paseo de Atocha recordaba con algun fundamento el Carnaval de Roma, de que nos hablan los viageros, y el público de Madrid ha quedado muy satisfecho y muy entusiasmado con esa diversion, que indudablemente tomará un gran incremento en el año próximo. Nuestras autoridades,

cuidarán de permitir esa inocente diversion á los madrileños, y si por casualidad se olvidáran de hacerlo así, el pueblo sabrá suplir esa falta disfrazándose con su propio permiso. Así lo ha hecho este año el Miércoles de Ceniza, en cuyo dia hubo mayor número de máscaras que en los tres del Carnaval, á pesar de que estaba prohibido el disfrazarse. Está visto que no hay mejor justicia que la que uno se hace por su propia mano, y que si de los atrevidos es el reino de los cielos, de lo contado come el lobo y anda gordo, y de los adelantados nacen los avisados.

Por lo cual, ántes que vds. me avisen para que suelte la pluma, me adelanto yo á dejarla en infusion hasta el artículo siguiente.

IV

ABRIL

Las locuras de Febrero y los vientos de Marzo no podian tener otro fin que el que han tenido. Enero nos administró el frio en cantidades homeopáticas, y el resultado ha sido, que lo que debió ser ántes fué

luégo, y aunque no es lo mismo, es peor, y el tiempo se ha de tomar conforme viene, aunque no venga conforme debe venir. Marzo volvió el rabo, y si en Febrero buscaba la sombra el perro, en Mayo habrémos de quemar el ramo, y así andarán las estaciones trocadas y revueltas como los negocios de Europa. Abril toma las riendas del año en momentos difíciles, y se ve obligado á hacer corte de cuentas, dando una nueva amnistía completa, y purificando el país con las aguas de un nuevo diluvio.

La tierra, seca y endurecida por los frios extra-legales del mes anterior, ahogaba en sus entrañas los frutos de la nueva generacion, y era preciso impedir á todo trance tamaño infanticidio. El sol era una cataplasma demasiado fuerte atendida la naturaleza del enfermo, y confiarle la cura habria sido lo mismo que reanimar en un horno de vidrio al animal que ha perdido la sensibilidad entre la nieve. Necesitaba la tierra un rocío templado que abriese sus poros, desarrollando el calor que ella guardaba. El suave aliento de las nubes que cubrian el horizonte bastaba á impedir la muerte prematura de los séres orgánicos que querian abandonar el seno materno, para lucir las breves galas de su juventud, y morir despues en la flor de su vida. Los animales no podian estender sus miembros en la fria atmósfera de Enero, y necesitaban un manto que condujese el calórico á sus entumecidos cuerpos. Las aguas de Abril estaban llamadas á derramar un bálsamo de vida sobre todos los séres de la creacion, y ellas fueron las precursoras de la primavera que

nos estaba ofrecida para el equinoccio de Marzo. Las semillas, comprimidas hasta entónces por la dureza de la tierra, dilataban sus hojas en la atmósfera, asombradas de la gentileza de su talle, como el agua que sale trabajosamente por el angosto hueco de una peña, sin conocer su grandeza hasta que se derrama por el campo para convertirse en caudaloso río. Las aves cruzaban sin pereza el abrigado espacio, y los cuadrúpedos hundían su planta en la alfombrada tierra que les servía de sustento.

Pero las aguas fueron creciendo, y el hermoso verdor de los campos desapareció de nuevo, dejando la tierra convertida en una laguna.

La suave lluvia de Abril, que moja sólo en fuerza de su constancia, es el velo que cubre el caos de la vegetación. Es la compuerta del año, que se abrirá al dulce soplo del mes de las flores, para embalsamar el aire con sus perfumes y matizar la tierra con sus colores. Las aves se defienden en sus nidos de la humedad de la atmósfera, y esperan en ellos la formación del paraíso que han de vivir más tarde.... Á todo esto, el habitante de Madrid, que tiene razones de sobra para saber que nunca le sobrará nada, y no espera (y hace bien) que sus gobernantes le fabriquen ningún paraíso, ni tiene nidos donde guarecerse, sino cuando *muda de domicilio*, anda por las calles pisando lodos, y se ve obligado á estender un paraguas, para que tras de verse mojado hasta los huesos, no le digan que el agua de Abril no es agua, sino *cala-bobos*.

Y hé aquí la hora, lector de mi alma, de que tú

abras el paraguas y te cubras la cabeza, nó para defenderte del agua, sino para librarte del sermon que me ha ocurrido predicarte. No hagas caso de los que pagando á Morfeo las horas que le robaron en carnestolendas, te dicen ahora que desprecies mis pláticas y mis consejos. Desoye la voz de la pereza, que en las mañanas de Abril te dice que son buenas de dormir. Temprano se empiezan las buenas obras; y si al que madruga Dios le ayuda, el que se levanta tarde, ni oye misa ni come carne. Verdad es que antiguamente no servia madrugar para comer carne en los 41 dias de Cuaresma, porque estaba formalmente prohibido; y para que un carnicero vendiese media libra de semejante *comestible*, era preciso que el comprador llevase un certificado del médico, y otro del cura de la parroquia, declarando que se pedia para el puchero de un enfermo. Pero eso ocurría en tiempos del Santo Oficio, y en esas materias la mejor palabra es la que está por decir, pues es sabido que con la Inquisicion chiton, y punto redondo. Tambien entónces andaban los frailes predicando en medio de las plazas, y sucedian otras cosas que no son de este lugar, y si lo son que lo sean, y el que las sepa las diga, y si no quiere decirlas que las calle, que así como el público es dueño de lo que lee, yo lo soy de lo que escribo y en paz. Á mi pluma le sucede lo que al mono de maese Pedro, que no responde de las cosas que están por venir, de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto.

Hoy dia hemos simplificado mucho las ceremo-

nias religiosas, y llevados del espíritu refundidor de la época, hemos arreglado á nuestra escena la Cuaresma de antaño, reduciendo sus siete semanas á una sola: la Semana Santa. En esos dias parece el pueblo de Madrid lo que tal vez no sea; pero como el interior de las gentes es un terreno vedado para mi pluma, ella y yo, creemos de buena fé en la del pueblo que invade los templos esos dias, sin meternos en más áveriguaciones. Mi opinion en ese punto es un secreto con el que no quiero cargar la conciencia de mis lectores. Narrando lisa y llanamente lo que hace y lo que deja de hacer en Cuaresma, don Lorenzo Alhucema, agente que fué *in illo* de muchos conventos de frailes, habré salido del paso sin poner nada de mi cosecha. Hasta el sermon que os tengo ofrecido es suyo, y ahora mismo le tengo en mi gabinete, esforzándose en convencerme de lo que yo estoy harto convencido. Se ha empeñado ese buen señor en predicarme, á mí, que soy pobre, sobre el lujo y la riqueza del presente siglo. Me dá tales gritos y me dice tales cosas, que no me deja continuar este artículo, y me veo obligado á copiar aquí lo que está diciendo:

— «¡Qué quiere usted que suceda, esclama mi »D. Lorenzo, con ese lujo que se ha introducido de »pocos años á esta parte! ¡Cómo ha de ser honrado »ese intendente, cuya esposa quiere rivalizar en lujo »con la del ministro! ¿Quereis que no se cobre á la »primer ocasion, lo que gastó para conseguir su »destino?... El carruage de 30,000 reales, en que »iba á solicitar un empleo de 20,000, los *raouts* y los

»*buffets* que daba en su casa para recibir en ella á
»los ministros, todo se compró á *mejorar de fortuna*:
»todas fueron correas que habian de salir del cuero,
»*Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt*, como
»dice el latino. Vosotros habeis llenado de vicios
»la sociedad, y ahora teneis el descaro de clamar
»contra esa desmoralizacion, de cuya obra no podeis
»ménos de avergonzaros. Buscáis la conciencia del
»mercader, y para entrar en su casa necesitáis que
»la cubra de alfombras y terciopelos. Le preguntáis
»al comerciante por la buena fé de sus abuelos,
»cuando le obligáis á quebrar, exigiéndole un 60 por
»100 por el dinero que le prestásteis para sus espe-
»culaciones. Os asusta que ese holgazan busque una
»novia con 100,000 pesos, y no os acordáis de haber
»desdeñado su trato porque á los 18 años de edad
»no tenia carruages, ni palco en el teatro: *Pharisei*
»*audito verbo hoc scandalizati sunt....* Sí, fariseos, sí;
»vosotros sois la causa de todos esos males que ahora
»os afligen. Habeis destruido los palacios de la fé,
»sin fabricar primero el templo de la razon. Habeis
»olvidado las palabras de nuestro divino Salvador y
»yá llegó la hora de su profecía: la malicia ha res-
»friado la caridad: *Quoniam abundante malitia refri-*
»*gescet charitas multorum*. La soberbia y el lujo
»atrajo la ira del Señor sobre Sodoma, y esos demo-
»nios serán vuestra ruina: *Ecce hace fuit iniquitas*
»*Sodomæ....*» Seguia D. Lorenzo menudeando los
»textos latinos, resabios que se le habian pegado de
»sus antiguos clientes, y yo me fuí quedando dor-
»mido, hasta que el pobre diablo predicador me

despertó preguntándome si tenía razón en lo que había dicho. Respondíle que sí, aunque ya se me alcanzaba á mí que nó, porque lo que no va en lágrimas va en suspiros, y si nuestros padres nos dejaron dinero, nosotros dejáremos á sus nietos deudas, y todo es herencia. Ellos adquirirían oro para comprar carruages, y nosotros adquirimos carruages para buscar oro. No diré yo cuál de los dos caminos es el mejor, pero el nuestro es más corto y más cómodo. Al freir será el reir, dice un refran, pero como hay otro que dice, si tan largo me lo fias échame un cuartillo, todo se compensa en este mundo, y claro es que en este siglo del vapor, todo ha de ir por caminos de hierro. D. Lorenzo no comprende esa velocidad moderna, y yo, que no sé cuál de los dos nos engañamos, rara vez contradigo sus razones.

—¿Ve usted ese enjambre de hombres? me preguntaba el otro dia pasando por la plazuela de Santa Ana; pues hasta en eso ha influido la maldita civilizacion de este siglo.

—Pues antiguamente, le repliqué, ¿no se reunian los actores para tratar de sus ajustes para el nuevo año cómico?

—Sí señor, me contestó D. Lorenzo; pero en primer lugar, no se llamaban actores, sino cómicos, no se los enterraba en sagrado ni tenían *don*, y últimamente no trabajaban hasta el Juéves de Pasion, como sucede hoy, sino que se cerraban los teatros el Mártes de Carnaval. Así, ahora, cuando uno no tiene dinero, no se puede decir que está más pobre que un cómico en Cuaresma, y....

— ¡Se ha perdido un refran!... exclamé yo, acompañando con un suspiro el dolor de mi amigo.... ¡Qué lástima!

D. Lorenzo creyó de buena fé mi exclamacion, y llevándome á su casa, me enseñó una vieja de carton con siete patas, símbolo de las siete semanas de la Cuaresma, y de las cuales pensaba cortar una cada dominica, quemando por fin la efigie el Domingo de Resurreccion. Quedamos citados para asistir juntos á los oficios de la Semana Santa, y el Sábado de Pasion por la tarde me llevó á la plazuela de Santa Cruz. Allí compramos unas palmas (símbolo de virginidad que se vende á la puerta de la cárcel) y con ella asistimos el Domingo de Ramos á la procesion de nuestra parroquia. El Lunes y el Mártes lo pasamos cada uno en su casa y Dios en la de todos, como suele decirse; aunque en la mia debió de andar tambien el diablo, porque á los chicos de la vecindad les habian comprado sus padres unas carracas ó matracas y los angelitos las manejaron de lo lindo. El Miércoles Santo fuimos á las *tinieblas*, á pesar de ser el siglo de las luces, y apenas se apagó la última que iluminaba la iglesia, empezaron los muchachos á remedar con sus instrumentos de madera, el choque de las piedras de Jerusalem á la muerte del Salvador. Unos golpeaban los bancos, otros rompian los confesonarios y no faltó quien enclavase en el suelo el vestido de una devota, cuyos gritos aumentaron el escándalo y la profanacion del templo. Yo salí horrorizado de semejantes desacatos, y acompañé á D. Lorenzo á su casa, donde se quedó dis-

poniendo las galas que pensaba lucir el Juéves Santo.

Ese dia no fuimos solos mi amigo y yo á visitar las iglesias, sino que todo el pueblo de Madrid salió á la calle con el propio objeto. La córte de España presentaba un cuadro original, pero magnífico, elocuente, digno de un pueblo católico que celebraba la festividad más solemne de su religion. Las campanas, mudas de espanto, no osaban mover sus lenguas; los tambores y los clarines gemian destemplados y roncós; los soldados inclinaban hácia el suelo las mortíferas bocas de los fusiles; los carruages estaban arrestados en las cocheras. Ni el mercader gritaba, ni la verdulera reñía; el sordo rumor de las pisadas era el único sonido que turbaba el magestuoso silencio de la poblacion. La moda habia hecho un paréntesis de medio siglo, y las gentes buscaban en la ropa de sus abuelos la fé cristiana que les habia usurpado la revolucion. En el interior de las iglesias no se oia tampoco el estruendo profano de las orquestas, ni el religioso acento del órgano interrumpia la devocion de los fieles que meditaban sobre la pasion y muerte del Salvador. La Reina salió tambien á *andar las estaciones*, despues de haber lavado los piés y servido una comida á doce pobres en el régio alcázar. Las autoridades siguieron el ejemplo de su Soberana, y el recogimiento religioso del Juéves duró hasta las diez de la mañana del Sábado, si bien es cierto que en la tarde del Viérnes se turbó algun tanto la tranquilidad de la poblacion.

La llamada *procesion de los Pasos*, que hoy consiste en pasear por ciertas calles media docena de efigies, escoltadas por medio millon de soldados y presididas por el gefe político, es otro de los desacatos que comete este pueblo católico, apostólico, etc. Á juzgar de la procesion por el desórden de los que van en ella, y la irreverencia del inmenso gentío que acude á verla, nadie diria que se trataba de la ceremonia más grandiosa de nuestra religion. No parece sino que el pueblo que se compungia el Juéves, al recordar el escarnio y la burla que hicieron los judíos de su Dios y Señor, quiere en la tarde del Viérnes escarnecer y ultrajar, para tener al año siguiente motivo de compungirse. Escusado nos parece decir que hubo corridas, despues de haber dicho que hubo procesion. Si alguna vez se suprime algo será la procesion pero las corridas de ningun modo.

El Sábado por la mañana soltaron sus lenguas las campanas, desquitándose del tiempo perdido, por espacio de tres horas; rodaron de nuevo los carrua-ges; se alzaron los fusiles; abrió el comercio sus tiendas, y al toque de glória y al grito de *alleluya*, todo cobró nueva vida. En los barrios bajos no faltó quien ahorcase un muñeco de paja, llamado Júdas, prendiéndole fuego por ende en medio de la calle. El pescado se acordó de que el Miércoles de Ceniza le habian hecho las honras anticipadas, y se contentó con morir lisa y llanamente, dejando su puesto á los jamones y á los corderos, presidentes natos de la Pascua de Resurreccion.

Así pasó la Semana Santa, y con ella los sermones, los ayunos y la oracion. Abriéronse de nuevo los teatros, los tribunales y las velaciones, para tormento de los esposos, de los magistrados y de los solteros. El padre de familia, que habia rebajado de su presupuesto la partida de los teatros, se ve obligado á tomar un palco el Domingo de Pascua; el magistrado que creyó seguir cobrando su sueldo sin la molestia de ir á dormir á la Audiencia, se encuentra de nuevo rodeado de causas y protocolos; y el novio que habia sorteado el compromiso so pretexto de que estaban cerradas las velaciones, se halla en el caso crítico de esponerse á la crítica de sus amigos, por huir de que le critique su futura suegra. Pero al cabo y al fin, el padre de familia no se acuerda de lo que le costó el palco mientras dura la comedia; el magistrado duerme hasta el momento del fallo, y tanto le da echar una negra como una blanca en las votaciones; y el novio se casa, y como entónces no tiene niños ni amas de cria ni otros desperfectos por el estilo, se arrulla como un pichon con su querida tórtola y en paz. En cambio de eso, yo, que no soy padre, ni magistrado, ni novio, me aburro en todas épocas, y á no ser por la familia de D. Lorenzo, que tuvo la bondad de acordarse de mí el primer dia de Pascua, Dios sabe si abria preferido casarme ó ser magistrado: cosas ambas demasiado sérias para tomarlas á broma. Pero digo que D. Lorenzo se acordó de mí indemnizándome de los sermones que me habia predicado en la Cuaresma con una *comida de campo*

en Pascua, y yo debo decir á mis lectores lo que fué la tal comida, para que á ellos no les quede nada por saber ni á mí nada callado.

Un cordero que le habian regalado desde Búrgos fué la víctima asada del convite, y yo el cordero convidado para hacer de verdugo en el asador. Mi amigo habia ido la víspera á elegir el sitio de la fiesta, y en la pradera del Canal

entre dos álamos verdes
que juntos forman un arco,

nos apeamos de un faeton quince personas y cinco niños, más una cesta de provisiones, una almohada y una sogá de esparto. La primera operacion de D. Lorenzo fué atar la sogá entre los árboles; poner en ella la almohada, y dar permiso á sus hijos para que mecieran sus cuerpos en aquel columpio. Despues distribuyó su gente, mandando á los unos á cortar leña, á los otros á buscar agua, y su muger, su criada, él y yo quedamos instalados en la cocina. El cordero (Q. E. P. D.), cuatro libras de arroz, un queso, dos cazuelas, una arroba de verduras, y algun otro comestible que traia la cesta, todo se tendió sobre la verde alfombra del campo. Descuartizamos el animalito, limpiamos el arroz, picamos la ensalada y salimos al encuentro de los compañeros que venian cargados de leña y de agua. Mi amigo echó lumbres con un pedernal y un eslabon, y á fuerza de soplar la yesca encendida, entre un estropajo que habia sacado del bolsillo, logró la

llama que un fósforo le habría dado diez minutos ántes. Pero el fósforo y las contingencias de llevarle en el bolsillo son otros de los cargos que él hace al siglo actual, y no quiere ser cómplice en lo que él llama obras del diablo para descubrir los secretos del Criador. Sobre la hoguera que formó con la leña colocó la cazuela, y.... los que sepan cómo se hace un arroz con cordero, sabrán lo que hizo mi amigo D. Lorenzo. Yo no sé más sino que cuando nuestro cocinero preguntó por las *especias*, su muger se puso colorada, y él se echó á reir sacando unos papelitos del bolsillo, y diciendo que las mugeres eran unas *sosas*; pero que gracias á su memoria nada se habia olvidado.

Miéntras borborita el arroz en la cazuela, jugamos á la *gallinita ciega* y á *las cuatro esquinas*, retozando alegres sobre la verde yerba, hasta que tendido un mantel en el suelo, y puesta en el centro la cazuela, blanco de nuestras esperanzas, se repartió una cuchara de palo á cada uno, y nos pusimos á comer. El vino y el agua se escanció en un vaso de suela, que tambien llevaba á prevencion D. Lorenzo, y en el que bebimos los unos el enjuague de los otros, y todos saborearon el sabor de todos. Las bromas de esconder el pan, de echar tierra en el arroz, y de llenar de agua los sombreros, amenizaron la fiesta, y dieron que reir por más de una semana á la familia de D. Lorenzo. Levantamos el campo á las cinco de la tarde, y á las seis ménos cuarto salíamos del faeton para entrar en el café de la plazuela de Anton Martin. Allí hizo un gesto mi

amigo, como si echára de ménos alguna cosa, y le desagradó el encontrar una de más, que era el papel de color que habia reemplazado á las tablas de pino que antes cubrian sus paredes. De cuatro mesas pequeñas formamos una grande, y en ella nos sirvieron veinte vasos de leche amerengada y media arroba de barquillos. Yo hubiera preferido tomar café; pero me habia propuesto seguir el rumbo de aquellas gentes, y por otra parte me pareció justo acompañarlas hasta la sepultura, muriendo todos de un cólico.

El Domingo siguiente tambien estuve convidado en casa de D. Lorenzo á ver pasar el *Dios grande* de su parroquia, y á comer cuajada con tan plausible motivo, y no falté tampoco á la invitacion. No me atreví á preguntar por qué era grande aquel Dios, que en la especie del pan iba á darse á los enfermos impedidos de la parroquia, pero afortunadamente supe luégo que la grandeza consistia en el lujo de la procesion. Siendo muchos los enfermos, la víspera se habia administrado á los más el *Dios chico*, y el Dios grande se daba el Domingo á los ménos. Con esa esplicacion renuncié á buscar la igualdad por el camino de las ceremonias religiosas.

Me retiré á mi casa á celebrar por mi parte, yá que el pueblo de Madrid no le celebra por la suya, el aniversario de la muerte de Cervántes, leyendo el libro inmortal de nuestra literatura, y me encontré con un librito de efemérides, que en la del 19 de Abril de 1616, decia de esta manera:

En Madrid, murió hoy Cervántes
inventor de Don Quijote,
cuya obra envidian y aplauden
las extranjeras naciones.

Este salmo me pareció tan esquisito para leído
como útil y provechoso para concluir este artículo.

V

MAYO

¡Cesó la lluvia!... Las aguas que el hidropático
Abril dejó sobre la tierra se infiltraron en las mon-
tañas, y el rocío que se evapora en la atmósfera tiñe
de verde los esqueletos de la vegetacion.

Abren las plantas su seno al dulce beso del
aire, y los rayos de luz que se vierten sobre las
flores, matizan el campo de variadas tintas. El
árbol que osó gigante templar al sol los helados
jugos que le prestaba la ribera, cruza sus brazos con
los del arbusto que crece al otro lado del rio y
ensancha ufano su verde follage como la nube que
se dilata en el espacio para dar sombra á la tierra.

Los pájaros, verdaderos señores de ese paraíso,
no bajan yá á la tierra á mendigar los granos que

vertió el hombre al recoger las añejas mieses; ahora se nutren con los aromas de la vegetacion, aspirando el aire que cruzan alegres al cantar las maravillas de la naturaleza.

La inconstancia de Febrero, los vientos de Marzo y las lluvias de Abril, léjos de irritar á Dios, como las maldades de Canaan, han servido como los vicios de Cam para purificar la tierra, helando la cizaña y robusteciendo la buena semilla.

Cesaron las aguas del diluvio y Mayo nos trae la verde rama, símbolo de la Primavera. Torna el calor de la atmósfera y su blando aliento dá nueva vida á todo lo creado. Las aves cuelgan sus nidos en la enramada para enseñar á sus crias los prodigios de la naturaleza; los peces suben á la superficie del lago para envidiar las flores que se retratan en el agua; los cuadrúpedos abandonan los establos para correr por la pradera; y las piedras se abren, para engalanar sus áridas grietas con los ricos despojos de la pródiga vegetacion.

Las tinieblas del caos han desaparecido y el simulacro de la creacion del mundo se reproduce de nuevo. El hombre lo ve todos los años y su decantada inteligencia no ha logrado sorprender aún el más pequeño de los secretos de la naturaleza. Orgulloso al considerarse dueño y señor de ese paraíso, pretende analizar en su miserable laboratorio todos los elementos que le rodean, sin vencerse nunca de la impotencia de sus esfuerzos. El absoluto dominio que cree ejercer sobre los otros séres de la creacion, le hace mirar con la altivez

del soberano, lo que no comprenderia siquiera ni con la humildad del vasallo.

Sus famosas investigaciones sobre la formacion del globo y la clasificacion material que ha hecho de las sustancias que le componen, le han enloquecido sobremanera, y ha creido poner el sello á su reputacion de semi-dios con la invencion de su *química orgánica*, que aún no ha llegado á ser otra cosa que desorganizadora. Los raquícos pasos de esos ensayos, bautizados con el pomposo título de ciencias, han servido para aislar, al parecer, las sustancias de que se componen los cuerpos que sufren el análisis; pero en vano ha querido reunir esas mismas materias para formar con ellas objetos análogos á los que acababa de destruir. Despues de todos esos famosos descubrimientos, aún no ha podido el químico producir en sus laboratorios ni el más ínfimo de los insectos que huella su planta, ni una hoja de las que á su vista nacen y mueren, ni un grano de arena de los que le sirven de pedestal.

¿Qué ha hecho, pues, el hombre con su famosa inteligencia, superior á lo que hacen los irracionales por instinto? ¿Qué pasos ha dado en el estudio de los séres que considerándole imágen y copia del Criador le rinden obediencia y vasallage?

Despues de quemarse las cejas para escribir cien obras sobre higiene, nos dijo por fin que el frio no es frio sino la ausencia del calor, y á són de trompas y clarines, nos recomienda que usemos para nuestros vestidos lanas y otros objetos que conduzcan y mantengan sobre nuestros cuerpos el calor de la atmós-

fera. Pero las aves habian hecho yá tan estupendo descubrimiento, y sin consignarlo en los libros, buscan para sus nidos lanas, pluma y otras materias análogas. La golondrina no ha hecho nunca disertaciones sobre el clima de acá ó el de allá, y sin embargo, sabe bien dónde debe pasar el verano y dónde ha de retirarse en el invierno. La hormiga no conoce el cristus de la economía política, y á pesar de todo, prevee la escasez del grano y hace acopios ántes que llegue la estacion de los hielos.

¿Pero á qué fin nos distraemos ahora del objeto de este artículo, para citar ejemplos de lo que nadie pondrá en duda? ¿Hay quien ignore que los animales rumiantes huyen de los venenos que con flores galanas les brinda el campo, sin haber leído nada de *toxicología*? ¿Necesita la industriosa abeja cursar las cátedras de *química vegetal*, para saber qué flores son las que contienen más azúcar y dónde debe picarlas para lograr su objeto? El castor, que tiene el instinto de adivinar lo que de él quieren sus cazadores, y con valor les arroja el codiciado tesoro, ¿no sabe buscar despues una planta para curar la herida que se abrió al huir de sus perseguidores?

Interminable sería nuestra tarea si hubiésemos de citar uno por uno todos los ejemplos, en que pudiéramos apoyarnos al decir, que el hombre dotado por el Criador de una inteligencia superior á la de los demás animales, tiene más razon para avergonzarse de su ignorancia que para envanecerse con su ciencia. Lástima dá verle ocupado de estudiar los astros y andar disputando sobre si gira de esta

ó de la otra manera la tierra que aún no conoce, siendo el más fácil de los estudios que pudiera emprender. Nada ha adelantado tampoco en el conocimiento de sí mismo, tiene la audacia de proclamar en todas sus disertaciones que nada le falta yá que saber, y que, gracias á sus estudios, ha arrancado á la naturaleza todos sus secretos.

La naturaleza se rie todós los años de la impotente arrogancia del hombre y se divierte en asustarle, retardando el agua que ha de fecundar la tierra, ó recogiendo el calórico de la atmósfera para que mueran los renuevos de la vegetacion. Pero la sonrisa de la naturaleza en el mes de Mayo disipa los temores del hombre, y el sol alumbra constantemente para que la vista pueda saciarse de tan magnífico panorama.

El aire que trae á la poblacion los gratos aromas del campo, bebe en las calles el perfume de las plantas que crecen en los jardines.

Todo es animacion y vida en el mes de las flores, y los habitantes de Madrid abandonan sus reducidos invernáculos para gozar el perfumado ambiente que viene regenerando la naturaleza. Pero apénas pasan las primeras horas del mes de Mayo, cuando el fúnebre sonido de las campanas abaten las flores que se elevaban altivas, y las hace caer sobre el sepulcro de los primeros mártires de la libertad.

El estampido del cañon lleva á los oidos de todos el mágico grito de independenciam y libertad que lanzó el pueblo de Madrid para sacudir el yugo del capitan del siglo. El aniversario del memorable *Dos de Mayo*, de 1808, empieza á las dos de la tarde

del día primero. Desde ese momento los ilustres nombres de Daoiz y Velarde, unidos al del tirano Murat, corren de boca en boca, y los rasgos de valor de aquellos héroes, son proclamados á la vez por cuantos sienten en sus venas sangre española. Es inútil preguntar á nadie la conversacion de todos, y basta escuchar las palabras de aquel anciano, testigo presencial de la gloriosa jornada, para conocer hasta el menor detalle de lo que todos los años se repite con el mismo entusiasmo. Mucho han degenerado los pueblos para exigirles hoy los sacrificios de entónces, pero Madrid siente ese día un patriotismo tal, que quizás el recuerdo de aquellos héroes le haria volver por la gloria de sus mayores. Al jóven que deja correr sus lágrimas al oír la narracion de aquellos sucesos, aún le creemos digno de empuñar con ardor la espada que yace fria al pié del monumento inmortal del Dos de Mayo.

Los poetas han hallado en esa gran página de nuestra historia, inspiracion sobrada para perpetuar la memoria de Daoiz y Velarde con bellísimos cantos. Basta leer una estrofa de las que el malogrado Espronceda escribió sobre ese asunto, para buscar enemigos que combatir y opresores que castigar. El lector no puede ménos de entusiasmarse y correr á la pelea, creyendo que á él se dirige el poeta cuando dice:

«Héroes de Mayo, levantad la frente;
»Sonó la hora y la venganza espera,
»Id. y hartad vuestra sed en los torrentes
»De sangre de Bailen y Talavera.»

Los periódicos políticos aparecen ese día enlutados y llenos de composiciones en prosa y verso, alusivas al solemne aniversario, y todos ellos, si bien pretenden aplicar tan patriótico suceso al partido que representan, queman incienso en loor de las memorables hazañas de aquellos héroes, que primeros mártires de la independencia de nuestra querida patria, lo fueron también para principiar en España una guerra de que al cabo de seis años salió vencedora contra huestes que lo fueron en otras regiones de Europa.

El Ayuntamiento de Madrid *hace* ese día los honores de la casa y celebra en la Iglesia de San Isidro el Real unas solemnes exéquias por las víctimas sacrificadas cobardemente por los franceses. Después se dirige al campo de la Lealtad, donde treinta años más tarde de lo que debiera, se alzó un elegante monumento, para perpetuar la memoria de la gloriosa jornada. Desde las cinco de la mañana, á cuya hora se celebra la primera misa en los altares portátiles del monumento, hasta las tres de la tarde, que termina la función con un responso, el Prado está cubierto de gente.

Nos escusamos los detalles de la procesion, porque aún nos quedan veinte y nueve días que andar en este artículo y porque tendríamos que echar de menos la presencia de ciertas gentes, en ese testimonio público del respeto que merecen al pueblo español, los hechos gloriosos de los mártires de la libertad.

Ese mismo día por la tarde, el clero de San

Antonio de la Florida canta un responso, en la Moncloa, donde hay un pequeño cementerio que guarda los restos de los que fueron fusilados en aquella posesion del real patrimonio.

En cuanto al sitio donde murieron Daoiz y Velarde, nadie se acuerda de visitarlo, y sigue ocupado por una fábrica de fundicion, otra de harina y otra de hules. La calle en que está situado el que fué palacio de Monteleon, y parque de artillería el año 1808, se llama de Daoiz y Velarde, y punto concluido. Ni una miserable lápida revela que aquella tierra está regada con la sangre de los primeros mártires de la libertad. Nada le dice al curioso visitador que allí se dió á los pueblos el ejemplo de lo que valen, cuando quieren conservar su independencia.

Pero dejemos esas reconvenciones que harian interminable este artículo, atendido á lo que va dicho y lo que queda por decir, y echemos á volar la pluma por las calles de la capital el dia 3 de Mayo, desayunándonos primero con aquella jaculatoria que dice:

Hoy la emperatriz Elena,
Madre del gran Constantino,
Halló el precioso tesoro
De la cruz de Jesucristo.

Á los chicos y chicas de Madrid les importa poco ó nada que Santa Elena se viese obligada á subir al Gólgota en busca del santo madero; ni que para

distinguirlo de otras dos cruces que con él habia, tuviese que tender tres cadáveres en cada una de ellas, declarando por legítima la del único que resucitó; ni se cuidan de si hizo bien ó mal en destinar uno de los clavos para bocado del caballo de su hijo, ni preguntan por qué arrojó al mar otro clavo, ni nada, en fin. Á ellos les basta con saber que se encontró la cruz para andar por las calles recogiendo cuartos de los transeuntes. No pasan ellos cuidado alguno porque la Iglesia española haya dejado en latin la festividad, y á lo que es *descubrimiento*, lo llame Invencion de la Santa Cruz. Con el *invenio invenis invenire*, han hallado los muchos el medio de merendar ese día y poco les importa lo demás.

Cuatro colchas viejas, un retrato de Fernando VII, una estampa de Atala, y los collares de diez ó doce vecinas, forman un altar en cada portal, y acosan los chicos á cuantos pasan por la calle, pidiéndoles un cuarto y recibiendo dos para la cruz de Mayo.

En los barrios bajos la diversion es algo más crecida, y para formar esos altares, se reunen diez ó doce menestralas, hijas de aquellas manolas que se batieron como fieras en la guerra de la *Pendencia*, desayunándose con una bofetada en terreno francés todas las mañanas. En los altares de esas gentes no hay más retratos que el de Mina y el del Empecinado y una jóven, á la que llaman *Maya*, subida sobre la mesa. Así, de hora en hora, alternan aquellas vírgenes, en parecer tales, debajo de los doseles, hasta que llega la noche y con ella la hora